

## **RETRATO DE UN VIEJO ARTISTA COMO AGITADOR**

**Thomas Mann, *Oíd, alemanes. Discursos radiofónicos contra Hitler*. Barcelona, Península, 2004.**

Cuando Hitler se adueñó del poder en Alemania comenzó el acoso nazi contra todos los enemigos potenciales del régimen, no sólo los de origen judío. A la quema de libros siguió la persecución de sus autores. Algunos intelectuales pudieron quedarse en Alemania, dado que conectaban con el credo nazi y guardaron silencio; otros eran imprescindibles para el desarrollo bélico alemán, y luego se les perdonó el desliz y sirvieron para el desarrollo tecnológico de los antiguos aliados; otros tuvieron que huir y buscar protección en terreno neutral, y algunos se confiaron y fueron a parar a manos traicioneras y entregados a la Gestapo. Thomas Mann y su hermano decidieron abandonar Alemania por su propio pie, por voluntad de no querer colaborar con los nazis ni siquiera por omisión, cuando posiblemente no hubiesen sido hostigados por el régimen hasta al menos la invasión de Polonia.

Al estallar la guerra, los hermanos Mann fueron acogidos en los Estados Unidos, y desde allí se le ofreció al autor de *La montaña mágica* la posibilidad de dirigirse a sus compatriotas alemanes periódicamente, a través de las emisiones de la BBC. Se trataba de un programa de propaganda bélica, y Thomas Mann no dudó en aceptar la oportunidad de intervenir en la lucha contra el nazismo con los medios de que disponía, y en defender la causa de los intelectuales huidos de Alemania. La posición del intelectual alemán emigrado era ciertamente incómoda, pues desde Alemania se le reprochaba no haberse quedado con los suyos para sufrir el mismo destino y colaborar en la resistencia interna contra Hitler. Mann sabía, como muchos otros emigrados, que esa resistencia era una quimera, y que era más dañina para Hitler la huida de los intelectuales; si Alemania se hubiese quedado sin científicos, sin profesores, sin médicos, sin filósofos, sin escritores, el destino del nazismo hubiese sido otro bien distinto.

Los discursos radiofónicos de Mann, emitidos en alemán, son una defensa de su actitud personal e intelectual, pero también un agresivo ataque contra Hitler y contra la condescendencia del pueblo alemán hacia su enloquecido líder. Mann sabe que toda

resistencia interior está condenada al fracaso, pero reclama la formación de algún tipo de oposición política al nazismo para que, tras su derrota militar, sea posible reconstruir Alemania sobre la base de una estructura política adecuada. Sabe que se trata de un objetivo difícil de conseguir, porque la sociedad alemana ha sido profundamente nazificada. El nazismo ha conseguido embotar ideológicamente a los alemanes, estableciendo un íntimo vínculo entre ellos y Hitler. La misma mentalidad alemana es proclive a dejarse engañar por cualquier tipo capaz de prometerles la recuperación del viejo Imperio; la prueba es que se dejaron arrastrar por un demente que años antes había sobrevivido en Viena gracias a la limosna. Los italianos soportaban a Mussolini, pero no fueron tan idiotas como para seguirle hasta el final, y por eso los ejércitos italianos carecían del empuje bélico de los alemanes. La fortaleza colectiva alemana se transformaba en debilidad y credulidad individuales. La debilidad de los alemanes, según Mann, estriba en su mentalidad y en su cultura: el nazismo es una perversión de ideas muy propias de la cultura alemana desde el Romanticismo, una degeneración brutal del típico nacionalismo germánico. Pero Mann cree que en el espíritu alemán conviven otras corrientes que podrían encajar con el liberalismo democrático europeo y americano, después de un proceso de desnazificación.

En ocasiones, Mann cae en ciertos extremismos, explicables por la coyuntura de su existencia de exiliado y las necesidades propagandísticas de quienes le permiten hablar directamente a los alemanes. Por un lado, hay en sus palabras una exaltación acrítica de Roosevelt y de la democracia americana que le ha acogido. Por otro, hay una ciega admiración por Stalin como hacedor del nuevo orden que permitiría aunar socialismo y democracia después de la guerra, al tiempo que parece ignorar que Stalin y Hitler compartieron planes para invadir y luego dividirse Polonia. Las palabras de Mann sobre Stalin en marzo de 1942 pueden deberse a las exigencias de la propaganda bélica, pero chocan con las ideas de otros exiliados que supieron ver tempranamente la cercanía ideológica entre nazismo y estalinismo (ver reseña de Sebastian Haffner, *Alemania: Jekyll y Hyde. 1939, el nazismo visto desde dentro*. Ediciones Destino, Barcelona, 2005, en *Astrolabio* nº 1, diciembre de 2005).

Este contexto de propaganda bélica condiciona decisivamente todo juicio sobre este libro de Thomas Mann, pues el contexto no permite dirimir hasta qué punto Mann tiene opiniones realmente extremistas o se ha dejado llevar por la agitación propagandista. Se trata, sin duda, de un documento importante para entender el papel de los intelectuales

en la guerra y, en concreto, para divulgar un aspecto poco conocido de un escritor tan leído y admirado.

**Josep Pradas** Seminario de filosofía política de la Universidad de Barcelona